

## PRÓLOGO: LA PRUEBA DE FUEGO

El género negro es como una religión.

Hay lectores ortodoxos, que solo leen novelas que cumplan todos los preceptos del *noir*. Ya sabes, libros con su detective cínico y bebedor, con sus mujeres fatales, esas cosas.

Pero también hay lectores menos puristas, dispuestos, y hasta deseosos de títulos que los sorprendan saltándose las convenciones del género.

¿Te has planteado qué tipo de lector eres?

Pues tengo la prueba ideal para descubrirlo: ¿imaginas un investigador privado con el poder del fuego?

Si consideras que un personaje así es una aberración, un insulto a las sagradas escrituras del *hard-boiled*, aunque conserve el sabor de los clásicos americanos, John Harper no es lo que buscas.

Pero si todavía no has salido echando humo, significa que no eres un inquisidor del *noir*, y Harper puede ser tu hombre.

Porque el incendiario sarcasmo de este investigador privado lo convierte en uno de los sabuesos con más chispa del género. Un super(anti)héroe, hijo puta(tivo) de Archer, que se paga los tragos pateando las calles y los culos más sucios de Capital. Una ciudad oscura y corrupta hasta los cimientos, puro *noir*, donde los naturales, seres humanos tan corrientes como tú y como yo, conviven con elementales de fuego, agua, viento y tierra.

Pero el mundo de Harper es más duro y semejante al nuestro de lo que parece. Porque el Partido Patriota Natural y su brazo armado, la Doble Hélice, están dispuestos a todo, a

cualquier cosa con tal de preservar la pureza de la raza humana. Y, como a nuestro alrededor, su VOX cada vez tiene más votos.

Por eso, la mayor parte de elementales no llegan a viejos.

Por eso, y porque a los cincuenta y cinco son jubilados de la Especial, el departamento de Policía donde la mayoría se gana el pan. Y una vez retirados, si no usan un collar inhibitorio o se exilian en Groenlandia, tienen terminantemente prohibido usar sus poderes, así que para muchos elementales jubilados la muerte tiene más sentido que la vida.

Y claro, en un lugar así, en un momento así, un *viento* asesinado no importaría a nadie.

A nadie que no sea la hija del difunto, claro.

Aunque apenas conozca a su padre porque se ha criado con su abuelo materno, un ricachón que odia a los elementales.

¿Y quién mejor que Harper para investigar el caso?

¿Y quién mejor que J. E. Álamo para escribirlo?

Porque J. E. Álamo es mestizo desde la cuna. Un autor nacido en Leamington Spa y criado en Valencia. Un escritor de raza que no entiende de géneros literarios puros, sino de pura literatura sin género de dudas, por lo que no duda en fusionar los géneros.

No en vano, tras obras de culto como *El enviado*, donde combinaba magistralmente fantasía y realidad, novela y relato, Álamo revolucionó el género negro con la serie protagonizada por el inolvidable Tom Z. Stone, un carismático detective no-muerto que le valió el favor del público joven y galardones tan prestigiosos como el Tormo Negro-Masfarné que concede el club de lectura las Casas Ahorcadas.

Y después de la tetralogía de Stone, Álamo vuelve al *noir* con su obra más original. Una novela negra tan clásica como

literal y literariamente fantástica. Una historia que se grabará a fuego en la memoria de los lectores de género negro más veteranos que piensen que ya lo han leído todo, y que por su derroche de humor e imaginación resulta ideal para que los adolescentes se pasen al lado oscuro de las letras.

Y no te doy más la brasa. Para eso, mejor te dejo con Harper, que es una de sus especialidades.

Aunque si todavía dudas sobre qué tipo de lector eres, no te enciendas ni te quemes, pasa la página y la prueba de fuego.

Sergio Vera Valencia  
Director de la colección Off Versátil



## PERMITID QUE ME PRESENTE

«Yo no pedí llevar esta vida,  
no me reprochéis por lo que hago con ella».

T. Z. Stone, fallecido.

Me llamo John Harper.

Nací en Ciudad Capital hace más de cincuenta años.

No soy muy alto, ni muy fuerte, ni muy guapo, ni muy listo,  
ni puta falta que me hace.

Estoy jubilado.

Acepto encargos de poca importancia para sacar algo de  
pasta y pasar el rato, no vaya a explotar un día de aburrimiento... Literalmente.

Soy subinspector retirado del Departamento Policial de  
Fuerzas Especiales, o la Especial, como se la conoce. Nos de-  
dicamos a los casos en los que hay elementales involucrados,  
o aberrantes como muchos los llaman.

«Aberrantes» suena mal porque la intención es ofender.

Hace algunas décadas ocurrió algo: una mutación genética  
provocó el nacimiento de niños con una triple hélice de ADN  
en lugar de la doble que tiene la gente bien nacida, como dijo  
alguien en algún bar de los que frecuento. Los motivos de la  
mutación se ignoran, no así sus efectos. A los portadores de  
la triple los llamaron «elementales» porque poseen la capa-  
cidad de dominar poderes relacionados con los elementos:  
fuego, tierra, agua y viento. Y los bien nacidos, que se con-  
sideran libres de la alteración, se denominaron a sí mismos  
«naturales» para dejar claro que existía una diferencia y que  
esta era a su favor.

Los elementales no fueron bien recibidos, y cuando reclamaron los mismos derechos que el resto de la humanidad, los poderes fácticos dijeron que no. Las protestas de los elementales desembocaron en un exterminio al que los naturales llamaron guerra. Por fortuna, llegó un momento en el que la gente decente ya no pudo seguir mirando hacia otro lado, y acabó por decir basta. Así que se detuvo la supuesta guerra y las cabezas pensantes idearon un exterminio menos obvio y menos cruento: sometieron e incapacitaron a los portadores de la triple hélice. Cuando nacen, les colocan un collar inhibitor hasta que consideran que son capaces de dominar su peculiar poder. Más tarde, les permiten llevar a cabo una vida normal y hacer uso restringido de su talento si aceptan servir a la sociedad en las fuerzas del orden. Si no, se pasan la vida con el inhibitor al cuello y limpiando mierda ajena en los lugares donde se vierte esa mierda.

A la hora de la jubilación, les ofrecen dos caminos. Uno: se quedan a vivir en el lugar que consideran su hogar, pero tienen prohibido emplear sus poderes bajo pena de muerte o cosas peores, que las hay. Dos: optan por exiliarse a Groenlandia y ahí pueden vivir a su aire sin más limitaciones que una esterilización previa, por si les da por reproducirse entre ellos, algo que tienen prohibido desde hace años. La mutación es hereditaria y eso es inadmisibles. Los de la triple son aberraciones y punto.

A pesar de todo lo anterior, hay cosas buenas... Cuando se me ocurra una, os la contaré.

Me llamo John Harper y soy un elemental. Uno de fuego. Bastante poderoso. Intento vivir y no acumular rencor.

El resto viene a continuación.

## INTRODUCCIÓN: PASEN Y VEAN

«Vivir con miedo es una mierda».

Vincent Girotti

Se mascaba la tragedia y nadie quería perderse el espectáculo.

El nombre del tugurio era Fred's y estaba situado en pleno Chesnut Grove que, al contrario de lo que puede sugerir su nombre, es uno de los barrios obreros más feos de Ciudad Capital, con calles simétricas, edificios cuadrados y anodinos, bares clónicos, gentes a su altura y, sobre todo, hormigón, mucho hormigón por todas partes y ni una hoja verde. Que fuese un otoño feo y gris como el culo de una paloma no mejoraba su aspecto.

Me pregunté por enésima vez por qué no me largaba de allí.

«Porque estoy trabajando», fue la respuesta, y me calé el sombrero que no me había quitado al entrar.

La radio centraba la atención de la clientela del garito. Los presentes, varias decenas, hombres en su mayoría, guardaban un silencio apenas roto por el tintineo de las cucharillas en los cafés o el ruido de las copas al ser arrastradas sobre barra y mesas.

El gran receptor de radio, revestido por una madera noble ennegrecida a causa del humo del tabaco y los efluvios de las fritangas servidas en el garito, transmitía la voz de Molly Brown. El tono nasal y ondulante de la célebre locutora siempre ha tenido la virtud de irritarme, pero debo de ser la excepción, porque el resto de la concurrencia seguía su curso sin parpadear.

Nos encontramos en la plaza Lennon, frente al edificio Winston. Lluve con fuerza en Capital pero nada impide a la muchedumbre mantener la mirada fija en el parapeto de la terraza del séptimo y último piso del Winston. Es allí donde se encuentra el protagonista de la noticia de hoy. Hemos averiguado que se llama Alan Watkins, un viento al que acusan de atentar contra el Acta de Convivencia. Las fuerzas del orden intentan contener a los curiosos, y es que son centenares las personas que están pendientes de lo que ocurre en las alturas.

La locutora calló unos instantes y se oyó el sonido distorsionado de la lluvia y el murmullo de la multitud que se encontraba en la plaza. En el bar seguía imperando el silencio.

Un breve carraspeo anunció que Molly volvía a la carga:

Varios coches patrulla de la Metropolitana iluminan la escena con sus focos. Las luces corren por la fachada del Winston y le dan a la escena un tono...

Un grito de sorpresa genuina por parte de Molly y la tensión de la gente a mi alrededor se disparó. Un trueno demoledor reveló el motivo del sobresalto. Molly inspiró con fuerza audible.

Jamás había visto un relámpago tan... brillante. La tormenta se cierne sobre nosotros y la lluvia arrecia hasta dañar la piel desnuda. La gente comienza a buscar refugio en los soportales que rodean la plaza. El oficial al mando del operativo, el inspector Finch, ha cogido un megáfono para exigirle a Alan Watkins que desista de su actitud y se entregue.



Otro trueno, que se sintió tanto en el exterior del bar como desde el altavoz de la radio, interrumpió de nuevo el relato. Molly jadeó antes de retomar la palabra. En esta ocasión, la pausa se me antojó más teatral.

Es el diluvio. Apenas distinguimos la figura del viento criminal, aunque juraría que se está pasando una mano por la cabeza. ¿Será capaz de saltar?

—No va a hacerlo —comentó uno en el bar con un puro colgando de la comisura del labio—. No tiene huevos de saltar el puto aberrante cagón.

—Está perdido haga lo que haga —intervino otro.  
Un coro de «¡chist!» los hizo callar.

Por un momento nos pareció que iba a desistir de su actitud, pero acaba de adelantar un pie que se balancea en el aire...

Molly contuvo el aliento, y en el bar, todos siguieron su ejemplo.

Me informan de que los agentes de la Especial tienen la orden de abrir fuego a discreción si ocurre lo peor.

Ocurrió.

¡Dios mío! ¡Cae a plomo! Extiende los brazos, pero sigue cayendo. Está chillando. Los agentes han despejado la previsible zona de impacto. ¡Oh!

En el bar, todos miraban hacia la radio como si pudieran contemplar el drama de la plaza Lennon. Alguno maldijo a la locutora por su silencio.

¡Virgen Santa, está volando sobre la muchedumbre! Oh, no...

Se oyó un griterío semejante al que emitiría un rebaño de ovejas asustado, y enseguida quedó enmascarado por el sonido de las armas de fuego. Balas de alta velocidad con punta blanda, sin duda. Yo mismo empleé esa munición en mis tiempos. Destrozan la carne con eficacia.

Molly Brown recuperó la voz.

¡El elemental está atacando a los curiosos! ¡Los agarra y asciende con ellos a gran altura desde donde los deja caer!  
¡Asesino!

El bar coreó la acusación.

Su vuelo parece más irregular y, aunque no estoy muy segura, creo que tiene sangre en un costado, pero sigue en su vuelo de muerte. ¡Qué carnicería! ¿A qué esperan para detenerlo?

Había un tono de indignación en la voz de Molly.

¿Para qué queremos a la Especial?

Los murmullos en el Fred's subrayaron la pregunta y hubo codazos entre los clientes, de esos que se dan para comprobar

que el de al lado está de acuerdo contigo y no estás haciendo el imbécil. Por suerte, estaba en un extremo de la barra y no tuve que decirle a nadie que en efecto era un imbécil y que se guardara el codazo para mejor ocasión.

Un agente de la Especial se ha adelantado. ¡Está disparando una especie de flechas con las manos! Debe ser hiello. Sí, eso es. ¡Ha alcanzado al viento asesino! ¡Ya era hora! Pero no cae y se revuelve hacia el agente. Lo ataca... ¡Oh! El agente ha caído. Por la postura de la cabeza ha debido de romperle el cuello.

Molly susurraba y había miedo en su voz. De repente, se animó.

¡El inspector Finch corre hacia el centro de la plaza junto a otros dos oficiales! Están señalando al criminal que persigue a una pareja que corre hacia un portal. Los ha cogido. No soy capaz de describir lo que ocurre. ¡Un momento! ¡El inspector Finch acaba de lanzar una andanada de piedras! ¡Y los oficiales a su lado también!

Transcurrieron unas décimas de segundo durante las que todos imaginamos los proyectiles volando hacia el encuentro del viento.

¡Le han dado de lleno! Cae el suelo y corren hacia él. ¡Se resiste! ¡Le disparan!

Nueva pausa. Me entraron ganas de gritarle a Molly que se dejara de pausas teatrales.

Se acabó. El criminal ha sido abatido no sin antes dejar tras de sí una tragedia.

Molly Brown terminó su alocución con una referencia a ese dios que debía pertenecerle y comenzó a divagar sobre la vida y la muerte, con lo que el silencio en el bar tardó nada en disolverse. Se apuraron copas y voces broncas exigieron más. Los clientes se palpaban como si quisieran confirmar que seguían vivos. La algarabía subió de volumen. Alguien pidió que apagaran la radio, que ya estaba bien de tanta mierda, y el camarero tras la barra fue a hacerlo, aunque no antes de que la locutora se preguntara si tendrían razón los que exigían un endurecimiento del Acta de Convivencia.

El Acta de Convivencia: la ley que determinó las condiciones de convivencia entre naturales y elementales y con la que nos vendieron que todos íbamos a ser felices y comer perdices. Algún listo se zampó las perdices y con ellas la felicidad.

Un tipo gordo, con una barriga que debía tener fuerza gravitatoria propia y al que acompañaba una mujer tan escueta que le podría haber servido de mochila, atrajo la atención del personal al afirmar que había que dar una solución definitiva al tema de los elementales. Solo que no utilizó la palabra elementales. Casi nadie lo hace.

—A los aberras hay que obligarlos a llevar siempre el collar. Y si no quieren, que se jodan.

Varias voces le dieron la razón.

El que se ocupaba de la barra, un individuo robusto de aspecto gris, pelo gris y movimientos grises, y que debía ser el dueño de Fred's, no paraba de moverse de un lado para otro, y tuve que insistir para atraer su atención. Cuando lo logré, pedí un *bourbon*.

—Joder, ¿eh? —comentó al servírmelo, y señaló hacia la radio con la cabeza.

—Joder —convine yo, y resoplé con indignación. Quizá sobreactuase un poco, porque llené la barra de babas.

—Menos mal que algunos están de nuestro lado —añadió Fred (digo yo que era él, o quizás fuese el hijo de Fred, o... A veces divago demasiado)—. Aunque sea por obligación. En el fondo, no son más que animales.

—Ya le digo —convine yo de nuevo abriendo mucho los ojos con un segundo bufido, este de supuesto alivio—. Nada que ver con los naturales, tan majos ellos.

En esta ocasión, creo que me excedí, porque me dirigió una mirada cargada de recelo. Intenté sonreír para compensarlo, pero no funcionó. No soy un experto en sonrisas, lo reconozco.

—No es de por aquí, ¿verdad? Nunca lo había visto.

Colocó dos manazas del tamaño de panes artesanales de dos kilos sobre la barra. Supongo que quería intimidarme, no sé. Soy poca cosa: apenas uno setenta de la cabeza a los pies y sesenta y nueve kilos de carne añeja y mal adobada.

—Tiene razón: no me conoce —repliqué, ahora sin sonreír.

—Uno cincuenta —exigió, señalando el *bourbon*.

Dejé unas monedas sobre la barra.

Cogió mi dinero sin dejar de fulminarme con la mirada, tras lo que se largó al otro extremo de la barra, donde comenzó a hablar con el gordo de la barriga prodigiosa, su compañera mochila y tres tiparracos más de aspecto obtuso. El grupo se volvió para observarme sin disimulo alguno. Bebí el *bourbon* de un trago y me largué. Después de lo ocurrido en la plaza Lennon, era mejor ser prudente, aunque el cuerpo me pidiese guerra. Tanta prisa me di, que olvidé el paraguas dentro. Me resigné. No pensaba volver a por él.

Fuera, la tormenta había amainado un poco, aunque seguía lloviendo con ganas. Me refugié en un soportal vecino y saqué el tabaco para echar humo y calmarme. Me llevé un pitillo a la boca, y cuando estaba a punto de prenderlo con la llama que hice brotar del extremo de mi pulgar, fui consciente de que me observaban desde un vehículo aparcado junto a la acera: un Oldsmobile Cutlass descapotable rojo del 65 con tapicería en cuero blanco. Un buen trasto y el único vehículo aparcado frente al Fred's. Destacaba como un culo en una fiesta de monjas. A veces me pregunto qué clase de investigador soy para que se me escapen detalles así. Uno que vive en su mundo, supongo.

El interior del Cutlass lo ocupaban cuatro críos a los que aún debían arropar por la noche antes de dormir. Vestían de negro, lucían maquillaje del mismo color e iban tatuados con la doble hélice de ADN en la frente: la señal de que eran naturales y no sufrían la deformidad genética de la triple hélice, como la definió ese genetista ruso o polaco, que luego se pegó un tiro cuando averiguó que su hijo era un elemental tierra. Eso sí, antes le voló la cabeza al crío.

Los del coche eran genófobos, o imbéciles para ser más conciso.

El que iba en el asiento al lado del conductor se asomó por la ventanilla.

—¿Necesitas fuego? —me preguntó con una amplia sonrisa. Llevaba unas argollas en las orejas sobre las que se habría podido columpiar un buitre. También tenía una escopeta con los cañones apoyados en la ventanilla bajada y apuntando hacia mí.

Pensé durante unos instantes en alguna respuesta que estuviera al alcance de sus entendederas, pero desistí. En lugar

de eso, cerré las manos, con la esperanza de que no hubiesen reparado en la llama, enarqué las cejas, como si fuera un poco idiota, y saqué el Zippo del bolsillo. Prendí el pitillo, me ajusté el sombrero, subí las solapas de la gabardina y eché a andar sin responder. No tardé en empaparme y el cigarrillo se deshizo con el agua. Lo tiré al suelo y murmuré una suave blasfemia.

«Vete a casa», me dije. «Algo de música, un trago de algo y contemplar la lluvia tras la ventana es lo que necesitas ahora. Hasta es posible que Valery te anime un poco, si está de humor».

Al detenerme para cruzar a la otra acera en busca de mi coche aparcado unas calles más allá, advertí que los imbéciles habían decidido insistir y me seguían con el Cutlass a pocos metros de distancia.

«No son más que niños tontos jugando a ser adultos gilipollas», pensé.

Uno de ellos gritó algo que no comprendí del todo, pero que incluía las palabras «monstruo» y «engendro», con lo que capté la esencia del mensaje. El resto se carcajeó igual que los monos cuando inician una guerra de excrementos.

Hice como que no los había oído y fui a cruzar la calle, pero no se dieron por vencidos.

—¡Aberra! ¡Cabrón!

Me detuve. No tuve más remedio: el morro del Cutlass se acababa de anticipar a mis intenciones y me cortaba el paso.

El vehículo siguió avanzando hasta situar la ventanilla del pasajero a mi altura. A escasos veinte centímetros de mi cuerpo empapado. Los ojos negros de la escopeta se agitaron como un hámster curioso.

Los cuatro eran igual de flacos, desgreñados, mal encara-

dos y retardados. Me pregunté si serían familia endogámica, lo que explicaría muchas cosas.

—Chicos, no quiero problemas.

—Es tarde para eso —gruñó el de la escopeta—. Nosotros sí te queremos a ti. Somos problemas, por si no lo has captado.

Torcí el morro; no hay peor malo que el malo tonto y estos lo eran de capirote.

—Vamos, Barry —graznó el que se sentaba detrás de él con una nariz tan carnosa que pintada de rojo habría parecido el capullo de un hipopótamo—. A las nueve tengo que estar en casa o mi viejo me corre a hostias.

Ahogué un suspiro. Alcé el rostro al cielo, tan gris y mediocre como antes, y se me colaron gotas de lluvia en los ojos. Un violento relámpago fue el anuncio de que la tormenta recobraba ímpetu. Cuando bajé la mirada, noté que el agua se escurría como lágrimas por mis mejillas sin afeitar.

—No llores, aberra —rió Barry—. Solo te vamos a patear un rato. Con suerte, en un par de semanas vuelves a caminar de nuevo. Moveos —indicó a los otros.

Los Cutlass tienen tres puertas. Para que salgan los pasajeros del asiento trasero, tienen que hacerlo primero los que ocupan la parte delantera. Eso me daba ventaja.

Barry apartó un poco la escopeta para echar mano del tirador de la puerta. El conductor abrió la suya. Los dos ocupantes de la parte trasera comenzaron a empujar los respectivos respaldos hacia delante para salir cuando lo hubieran hecho sus compinches.

Aproveché el momento. Agarré los cañones de la escopeta y me calenté. El metal se fundió antes de que Barry tuviera ocasión de reaccionar. Me eché hacia atrás por si explotaban los cartuchos o el dueño de la escopeta tiraba del gatillo. Por



suerte, no ocurrió. Gotas metálicas líquidas cayeron siseando sobre los pantalones del amigo Barry. Soltó un agudo grito de dolor y se echó hacia atrás golpeando con fuerza el respaldo del asiento, que impactó contra la nariz grande y bulbosa de su compañero. La sangre manaba como un torrente, arruinando la impecable tapicería blanca.

El conductor comenzó a gritar que eso no se podía limpiar y que se iba a cargar al puto aberra. Su gesto enloquecido me hizo reír hasta que lo vi esgrimir una navaja larga y afilada y lanzarse hacia mí desde el asiento del conductor y por encima de Barry, que seguía intentando quitarse el metal fundido que horadaba su piel. Esquivé la estocada dando un paso hacia atrás y elevé la temperatura a mi alrededor. El efecto fue inmediato: el agua se convirtió en una densa nube de vapor que impulsé hacia el interior del Cutlass. A los gritos de Barry y Narizotas se sumaron los de sus compinches. No les ocurrió nada grave. El vapor estaba caliente, pero fue más el susto que otra cosa.

Supongo.

A lo mejor, se cocieron un poco. O bastante. Yo qué sé. Gajes del oficio.

Los cuatro compitieron a ver quién aullaba más, y lo cierto es que la cosa estaba reñida, tanto que iban a acabar por atraer la atención de alguien, así que remprendí mi camino.

Todavía no había alcanzado la acera opuesta cuando oí voces alarmadas a mi espalda.

Al volverme, vi al gordo y su amiga mochila en la puerta de Fred's. Habían elegido ese momento para abandonar el turgurio, y al ver lo que ocurría, alertaron al resto de la clientela.

El conductor del Cutlass consiguió salir del coche y me señaló. Gritaba «aberra» y «cabrón» tan seguido, que parecía

una sola palabra: «aberracabrón». Yo lo señalé a él, guiñé un ojo y grité un: «Hasta luego, chaval» como si fuéramos colegas y todo fuese una broma.

A lo mejor colaba.

Ni de coña. El criajo consiguió salir del bucle y clamó que el puto aberrra los había quemado.

Joder.

Aceleré el paso.

Me ordenaron que me detuviese. No lo hice: tenía prisa y no me lo habían pedido por favor.

Oí que otras voces se unían a las primeras y, al echar la vista atrás, comprobé que los ocupantes del bar emergían al exterior como una marea de piojos en día de ducha, y que varios de ellos se lanzaban a perseguirme animados por el resto. Eran cinco y los encabezaba Fred con un enorme bate en las manos. Gordo y Mochila eran de los que más alentaban desde la puerta, aunque no se sumaron a la persecución.

En ese instante, un coche patrulla apareció por el extremo opuesto de la calle. Eran miembros de la Metropolitana. Mejor. No habría querido vérmelas con los de la Especial.

El vehículo policial aminoró la marcha al observar el Cutlass detenido y a sus cuatro ocupantes lloriqueando en la acera, bajo la lluvia y con aspecto de langostas cocidas. Los que me perseguían se detuvieron al reparar en su presencia. Fred y los suyos hablaron con los agentes; señalaron en mi dirección y luego al Cutlass. El policía al volante frunció el ceño y comenzó a hacerme un gesto. Yo, que había seguido andando a pasos cortos para no dar la impresión de que huía, eché a correr. Ya no miré hacia atrás. Sonó la sirena del patrullero, pero la ventaja que les llevaba bastó. Giré a izquierda y derecha y atravesé un parque solitario que debía soñar con

los niños que jugaban allí cuando el tiempo lo permitía. En esos momentos, solo había una pareja sentada en un banco al abrigo de un paraguas roto y compartiendo una pipa de *crack*. Me dirigieron una mirada vacua.

Conseguí llegar sin contratiempos al coche, un Buick Super del 53 negro, aparcado al lado de unos almacenes de pienso para cerdos, y me largué de Chesnut Grove a toda prisa. Unas manzanas más adelante, aminoré la velocidad. Como seguía empapado, aumenté la temperatura y me sequé. Una nube de vapor con olor a tabaco y a fluidos corporales llenó el interior del coche. Encendí un cigarrillo y aspiré el humo con fuerza. Menuda mierda. Solo faltaba que me cayera un rayo. En el preciso instante en el que lo pensé, un relámpago seguido por un trueno dieron paso a una nueva cortina de lluvia tan densa que me obligó a echarme hacia delante y pegar la nariz al parabrisas para distinguir la calle.

Maldije de nuevo, pero esta vez con suavidad, para no tentar al destino.

No tendría que haber aceptado el caso de la rubia que acudió el día anterior al Shamrock. Me pidió que siguiese a su marido porque llevaba un par de meses sin ser el mismo y sospechaba que estaba metido en algún lío: apuestas o algo más serio, como drogas. Era la clase de encargo que amenaza disgustos y promete poca recompensa y ninguna sonrisa. Pero acepté. Necesitaba la pasta. Siempre necesito la pasta.

Comencé a seguir al marido y no tardé en comprobar que sí, que tenía un lío. Pero no eran apuestas ni drogas, era el engaño más viejo del mundo.

Lo vi comer con su amante en un restaurante barato de la calle 57, donde se sentaron muy juntitos. Saqué fotos allí mientras se hacían carantoñas y algunas más cuando se die-

ron un morreo tipo ventosa en plena calle. Contaba con material suficiente para que mi clienta supiera la verdad. Aun así, quise más y seguí en coche a la feliz pareja por si la pillaba entrando a un motel o algo por estilo. Entonces comenzó a llover y se metieron en el Fred's. Decidí hacer lo mismo, por lo que aparqué a algunas calles del local. En el interior, obtuve algunas instantáneas de los dos cogidos de la mano y otra de él dándole un apretón a ella en el culo. No resultó sencillo disimular la cámara entre tanta gente, así que desistí de correr más riesgos. Tendría que bastar con eso. Luego Fred, o quién fuera el tipejo tras la barra, encendió la radio y pasó lo que pasó.

A pesar de todo, sonreí al pensar en mi clienta y la sorpresa que la aguardaba. Su marido, Michael French, era Gordo y su amante, Linda Sheen, Mochila. Se me borró la sonrisa al recapacitar: por ciento cincuenta dólares más gastos, había estado a punto de llevarme una paliza.

Conseguí llegar a mi calle y pude aparcar frente al portal, con lo que no me mojé demasiado.

Nada más abrir la puerta, llamé a Valery, pero no estaba en casa. Decidí servirme una copa, tras lo que coloqué un vinilo de Ella Fitzgerald, *There's a lull in my life*, en el tocadiscos y me dejé caer en mi sillón favorito sin quitarme la gabardina. Un par de tragos y un pitillo más tarde sentí que la Fitzgerald me daba algo de paz interior. Sin embargo, dos copas más tarde e incapaz de dejar de darle vueltas a lo ocurrido con los niños y la clientela del Fred's, noté que la paz daba paso a cierto malestar, y fue entonces cuando surgió la idea. Conforme la botella se vaciaba, más cojonuda me pareció la ocurrencia.

Estuve rumiándola un rato.

Me levanté para quitarme la gabardina y el sombrero y lavar me la cara. Luego fui a la cocina y comí un par de galletas saladas.

Valery seguía sin asomar el morro.

El disco de Ella se terminó y lo cambié por uno de Nina Simone. Al mirar por la ventana, vi que la noche era profunda y negra y había dejado de llover.

Con la voz de Nina entonando *I'm feeling good*, seguí bebiendo y fumando hasta que dieron las doce. La hora de cierre de la mayoría de locales en Capital.

A las doce y media conducía de camino al Fred's. Llegué a la calle donde estaba y pasé de largo. Quería asegurarme de que el local estaba cerrado y no había ningún rezagado dentro. Lo estaba: vacío y a oscuras.

Aparqué en una calle lateral y fui caminando al bar. Me coloqué delante, contento de que los edificios a su alrededor fuesen una fábrica de frutos secos abandonada y una peluquería, la misma en cuya entrada me había refugiado para encender el pitillo horas antes. En la acera opuesta había varios bloques de viviendas. Darían la alarma antes de que las cosas se pusieran serias.

Abrí los brazos, flexioné los dedos varias veces y murmuré las palabras mágicas:

—Que os den.

Me concentré para no dispersar el ataque y lo solté. Al cabo de unos segundos, el local ardía por los cuatro costados.

No me entretuve.

Conduje a casa pensando que era un tipo muy mezquino y que el asunto iba a acarrear consecuencias, pero no pude dejar de cantar *I'm feeling good* durante el trayecto.